

SODALITIUM

Anno IX - Semestre I n. 2 - Giugno - Luglio 1993

N. 34

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 34, pág. 21. Título original: *Dodicesima puntata: il “Papa buono” prepara il Concilio. IL PAPA DEL CONCILIO*. Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **junio – julio 1993**. Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

*Duodécimo episodio: El “Papa bueno”
prepara el Concilio.*

“EL PAPA DEL CONCILIO”

por el P. Francesco Ricossa



*La ceremonia de coronación de Juan XXIII,
el 4 de noviembre de 1958*

El “Papa bueno” prepara el Concilio

«Yo soy el jefe», dijo Juan XXIII, en su lenguaje bonachón y algo irreverente, al profesor Jules Isaac, «yo soy el jefe, pero también debo consultar a los demás, hacer que los despachos estudien los problemas planteados. Aquí no estamos en una monarquía absoluta» (1). Esta línea de Roncalli, (una de tantas) quizás no esté muy en consonancia con los tratados de eclesiología. Por otra parte, nos muestra de primera mano las dificultades reales que Juan XXIII tuvo que afrontar y superar para llevar a cabo su revolución. El caso que le planteó el Prof. Isaac aquel 13 de junio de 1960 fue uno de los más escabrosos: renegar del Evangelio para dar la razón a los judíos. Más adelante hablaremos de ello. Pero desde el principio, desde los primeros días tras el Cónclave de 1958, Angelo Giuseppe Roncalli sabía que, aunque él era «el jefe», tenía que tener en cuenta a los «otros»: la Curia Romana en general, la Secretaría de Estado, el Santo Oficio... hasta llegar a las humildes masas católicas que, impregnadas de Contrarreforma y tradición, tenía que cambiar, actualizar [*aggiornare*], sin que su audaz maniobra chocara con tales obstáculos y, miserablemente, naufragara.

Por eso, en el último episodio, resumí la «estrategia» de Roncalli: obtener el consenso de la Curia y del Santo Oficio, dándoles una ilusoria libertad de acción; obtener el consenso de los fieles, creando el mito del «Papa bueno»; obtener el consenso del episcopado, creando el mito (¡otro más!) de la inspiración profética del Concilio. Si esta hipótesis puede haber parecido descabellada a algunos lectores, permítanme dar pruebas de lo que he escrito.

Breve historia del Santo Oficio.

La historia del Santo Oficio se encierra entre estas dos fechas: 1542 y 1964, y se desarrolla en el lapso que va de la Reforma luterana a la Reforma montiniana. Nacida contra Lutero, fue asesinada por Montini.

Para comprender plenamente la importancia de la supresión del Santo Oficio deseada por el Concilio, es necesario trazar brevemente su historia.

La Curia romana, que asiste al Papa en el gobierno de la Iglesia universal, está compuesta por las Sagradas Congregaciones. «Durante mucho

tiempo —explica el Anuario Pontificio— los asuntos de la Iglesia universal fueron tratados por la Cancillería Apostólica. Pero el número cada vez mayor y la complejidad de los asuntos a examinar hicieron necesaria la creación de comisiones especiales de Cardenales para el tratamiento conveniente de los asuntos administrativos. La primera de estas comisiones con carácter estable fue la Santa Congregatio Inquisitionis, instituida por el Papa Pablo III con la Constitución *Licet* de 21 de julio de 1542» (2). La primera en el orden del tiempo, la Congregación de la Santa Inquisición Romana y Universal (más tarde llamada Sagrada Congregación Suprema del Santo Oficio) era también en el orden de la dignidad. Precisamente por esta razón fue llamada «Suprema» y, desde que el Gran Inquisidor Frey Michele Ghisleri, Cardenal Alejandrino, ascendió al Trono de Pedro con el nombre de (San) Pío V, su Prefecto no era otro que el propio Papa, aunque de hecho el cargo era desempeñado por un Cardenal al que se llamaba Secretario.

Defender el rebaño de los lobos aun a costa de la propia vida es, sin duda, una de las tareas irrenunciables del Pastor (cf. Jn X, 11-16). El uso de medios coercitivos es, pues, una prerrogativa de toda «sociedad perfecta»; por tanto, también de la Iglesia (C.JC. can. 2214§ 1; cf. Denz. Sch. Index G 4b).

Desde los tiempos apostólicos, por tanto, el Papa y los obispos han considerado la lucha contra la herejía y la condena y represión de los herejes como una de las tareas que les encomendó Cristo el Señor. En el siglo XIII, la gravedad de la amenaza que representaba la herejía cátara obligó a Inocencio III y a sus sucesores (3) a crear un Tribunal «contra la pravedad herética» [iniquidad o perversidad herética – ndt] para asistir la acción de los obispos. Se trataba de la llamada «inquisición medieval», que los papas confiaron a menudo a las órdenes mendicante, franciscana y, sobre todo, dominica. Pero al fervor del siglo XIII siguió el largo letargo del exilio de Aviñón, el gran cisma y el renacimiento, durante el cual el Enemigo pudo sembrar la cizaña. La cizaña creció y se mostró con el rostro de Lutero.

Ante este nuevo peligro para la salvación de tantas almas, los organismos preparados para la defensa de la Fe y la lucha contra la herejía se mostraron inmediatamente inadecuados. Ya España, en 1478, (4) luchando contra las falsas conversiones de judíos y musulmanes, había necesitado una nueva Inquisición, más centralizada y con poderes más amplios, concedida por el Papa Sixto IV. Después de Lutero, era la propia Roma y la Iglesia universal la que necesitaba una nueva Inquisición. Dos personas que normalmente no se llevaban muy bien, San Ignacio y el Card. Carafa (futuro Papa Pablo IV), solicitaron y obtuvieron del Papa su institución en 1542. También es mérito suyo que Italia se librara de las guerras de religión y del

protestantismo, especialmente bajo el enérgico liderazgo de Pablo IV y San Pío V. Una vez detenida la propagación de la herejía, siguió un periodo de relativa calma y se bajó la guardia. La Ilustración, el nacimiento de las sectas masónicas, todos los movimientos preparatorios de la Gran Revolución, no encontraron ningún obstáculo serio en el Santo Oficio, que había sido suprimido o reducido al mínimo en todas las monarquías católicas por reyes sectarios o mal aconsejados. Ellos mismos se vieron desbordados por la revolución que habían preparado. La Restauración no atesoró la experiencia que tan cara les había costado y el Santo Oficio, desprovisto ahora de un «brazo secular», sólo sobrevivió más tiempo en la sociedad eclesiástica ⁽⁵⁾.

En tiempos de Juan XXIII, el Santo Oficio era responsable de todos los asuntos concernientes a la Fe y la moral (canon 247§1), algunos asuntos matrimoniales (canon 247§2), libros prohibidos (el famoso Índice: canon 247§4) y delitos contra la Fe y la unidad de la Iglesia (canon 247§2).

Su Prefecto, lo recuerdo, era el propio Papa, y su Secretario el Cardenal Giuseppe Pizzardo; pro-secretario era el Cardenal Alfredo Ottaviani, más tarde sucesor de Pizzardo ⁽⁶⁾. Roncalli no podía ignorarlos: Ottaviani había sido su «gran elector» ⁽⁶⁾ y Pizzardo era Secretario del Santo Oficio, Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios, Gran Canciller de la Pontificia Universidad Gregoriana...

De ahí la llamada política de las «vías paralelas»: por un lado, amplia libertad de acción para el Santo Oficio; por otro, Juan XXIII desenredaría personalmente lo que los cardenales habían tejido pacientemente...

Juan XXIII y el Santo Oficio

«El Santo Oficio hace lo que puede para desenterrar herejías en mis escritos y en mis proyectos... ¡pero por ahora aún no lo ha conseguido!». El chiste es de Juan XXIII, por supuesto, como asegura alegremente el cardenal Suenens ⁽⁷⁾. Una broma emblemática de sus relaciones con el Santo Oficio y la Curia romana en general, de la que no pensaba nada bueno, según el testimonio, que ya he relatado, del arzobispo Cardenal.

Las razones de esta mal disimulada hostilidad son numerosas y convergentes, como hemos visto juntos en los episodios anteriores: el carácter de Roncalli, sus ideas liberales y modernizadoras, sus experiencias de juventud. A este respecto, invito a mis lectores a releer los tres primeros episodios de los números 22-24 de «Sodalitium».

Como joven y ambicioso sacerdote, el P. Roncalli vivió apasionadamente aquellos años de la lucha antimodernista deseada por San Pío X, una

lucha en la que estaban implicados su obispo, del que era fiel secretario, muchos de sus amigos y él mismo. Las «saludables advertencias» que le dirigió el Card. De Lai quedaron bien grabadas en su mente como un recuerdo molesto e irritante. A este respecto, Mons. Lefebvre atestiguó: «Me recibí en audiencia privada, en un momento en que, duramente criticado por los obispos franceses y algunos cardenales por estar de acuerdo con mi apoyo a la “Cité Catholique” (Dakar, 24 de marzo de 1959), pues me habían remitido en cierto modo al juicio del Sumo Pontífice. Tuve así la oportunidad de comprender su estado de ánimo. Juan XXIII me contó la historia de su vida para darme una lección, para mostrarme que no hay que manifestar demasiado los sentimientos conservadores o, como desgraciadamente le había ocurrido a él, hacer declaraciones que pudieran parecer liberales. Afirmó que lo había seguido toda su vida. Había adquirido esta certeza después de su elección como Sumo Pontífice al conocer su expediente. Por esta razón — me dijo—, nunca había sido llamado a Roma y siempre se había encontrado alejado de la Curia, porque se le juzgaba liberal. “Así que ten cuidado, si quieres hacer carrera —añadió— no te afirmes como tal con demasiada decisión”. Uno podría pensar que le había impresionado mucho que lo tildaran de liberal, de modernista... » (8).

Mons. Capovilla, secretario personal de Juan XXIII, atestigua que éste sentía “repugnancia” por la política antimodernista deseada por San Pío X (9). Este testimonio coincide con el del conocido escritor y periodista Indro Montanelli, que entrevistó a Juan XXIII para “*Il Corriere della Sera*”. Montanelli, en un reciente artículo conmemorativo del trigésimo aniversario de la muerte de Roncalli, relata:

«Me dijo (Mons. Radini Tedeschi) que a él (Roncalli) no le gustaba nada la Curia Romana, tanto que una vez le había dado instrucciones a él, que nunca había estado en Roma, para que trajera los frutos de no sé qué suscripción al Papa Sarto (San Pío X – nota del editor). ‘El Papa Santo’ — interrumpió Tedeschi—. ‘¡No es un santo!’, espetó enojado [Roncalli]. Me quedé atónito (Tedeschi). Entonces le dije sin pensarlo: “Santo, yo no lo hice, lo habéis hecho vosotros”. Tal vez el Papa me estaba agradecido por esa broma que reflexivamente minimizó la suya. Se echó a reír y, dándome golpecitos en el brazo con la mano, respondió: “No, se nota que era un santo. Pero un santo que era un poco anómalo porque era un hombre triste. Los santos no pueden estar tristes: tienen a Dios...” Silvio Negro, que sabía más de la Iglesia y de la Curia que los cardenales, me explicó más tarde el porqué de esta antipatía. El papa Sarto había sido el más feroz enemigo de los “modernistas”, de los que incluso había excomulgado al máximo exponente, Buonaiuti; mientras que Radini Tedeschi había sido su protector y había

perdido la púrpura y el capelo cardenalicio. Ciertamente no se puede afirmar, decía Negro, que el Papa Juan fuera un modernista, entre otras cosas porque la Iglesia ya había sanado esa rotura. Pero algo de ella y de los dramas que había causado en la conciencia católica debe haber permanecido en el cuerpo del Papa Roncalli» (9a).

El texto habla por sí mismo y confirma nuestra tesis: ¡esos expedientes lo habían estado persiguiendo (psicológicamente) durante cincuenta años! En consecuencia, participó de ese odio tenaz de todos los afectados por las sanciones antimodernistas de principios de siglo, un resentimiento que se manifestó rehabilitando a las “víctimas” de la época (10), golpeando a los “perseguidores” y tratando de hundir las instituciones simbólicas de esa lucha (11). En primer lugar, por supuesto, está el Santo Oficio.

Inicialmente, sin embargo, el choque no pudo ser frontal.

Juan XXIII aplicó entonces la táctica de las dos vías a la que ya me he referido. Andrea Riccardi habla de ello, contando una pequeña y muy instructiva anécdota: “El caso de Camaldoli y de su prior general, el padre Anselmo Giabbani, a pesar de su aspecto particular, es emblemático. Con el apoyo del P. Cordovani y Mons. Montini, este religioso había emprendido en los años 1940 un intento de reforma monástica y de una nueva vitalización de su congregación., (12). La cercanía personal con Fanfani, impulsada por el propio sustituto Dall'Acqua, fue considerada peligrosa por otros círculos vaticanos (...). El Santo Oficio abrió una investigación sobre Giabbani y la familia camaldulense. El asunto se movió en dos registros: por un lado, la obra del Santo Oficio, que continuó, y por otro, la relación personal del Papa con Giabbani (“tan pronto como fuimos admitidos a su presencia —se lee en una nota personal— el Papa vino a mi encuentro y pronunció palabras de viva condena contra los hombres de ese palacio ... ahí enfrente, me abrazó afectuosamente”). Y a Camaldoli, el papa Juan envió para tranquilizar al general, primero al P. Philippe, y luego a su sobrino. El hecho es que, a pesar de que la cuestión se movía casi por dos vías paralelas, el p. Giabbani no fue condenado; algo que, en cambio, sucedió justo después de la elección de Pablo VI [¡ya es decir! - nde] con su deposición” (13).

Dos registros, dos pistas. Roncalli por un lado, el “palacio” del Santo Oficio por el otro.

Al comienzo del pontificado joánico, el Santo Oficio y la Curia corrieron velozmente... cada uno por su pista. Hasta el punto de que Hebblethwaite, indignado, asegura que los cardenales Ottaviani y Pizzardo intensificaron su actividad de “represión” (14). Si pensamos en la profundidad del

mal, en la gravedad de las amenazas a la fe, las medidas “represivas” adoptadas nos parecen entonces completamente inadecuadas; de hecho, el último esfuerzo efectivo se remonta a... a 1914, es decir, al pontificado de San Pío X. Sin embargo, algo se intentó hacer...

En diciembre de 1958, el cardenal Pizzardo, en su calidad de prefecto de la Congregación para las Universidades, prohibió a la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán conferir un título honorífico a Jacques Maritain, teórico de la libertad religiosa y del humanismo integral. En 1965, Pablo VI lo convocó a la ceremonia de clausura del Concilio como representante de todos los intelectuales católicos.

Al mismo tiempo, el cardenal Ottaviani, en el Santo Oficio, intervino contra el libro de don Milani, “*Experiencias pastorales*”, aunque fue publicado con el imprimatur del Card. Dalla Costa, arzobispo de Florencia, y, también en Florencia, censuró la revista “*Testimonianze*” y expulsó a su director, el padre Ernesto Balducci ⁽¹⁵⁾.

“En julio de 1959 Pizzardo ordenó a los obispos franceses que pusieran fin, de una vez por todas, a la experiencia de los sacerdotes-obreros” ⁽¹⁵⁾.

El impulso inicial pronto se ralentiza. Ya “con ocasión del consistorio secreto del 15 de diciembre de 1958”, Juan XXIII explicó que había “creado muchos cardenales nuevos para asegurar que la carga de los oficios se reparta de manera más equitativa”. Que esto concernía (también) al cardenal Pizzardo, que ocupaba el cargo de Prefecto de la Congregación para las Universidades y los Estudios y Secretario del Santo Oficio, estaba claro, y lo fue aún más cuando Roncalli le escribió explícitamente al cardenal (carta del 12 de octubre de 1959). Y como el cardenal Pizzardo no se fue, Juan XXIII le obligó a dimitir “espontáneamente” ⁽¹⁶⁾. Recuerdo que incluso Monseñor Lefebvre, entonces Arzobispo de Dakar y Delegado Apostólico para toda el África francesa, se vio obligado a elegir primero entre los dos prestigiosos cargos (por lo que dejó de ser Delegado Apostólico), y luego le fue arrebatada la archidiócesis y enviado a la pequeña diócesis de Tulle (1962).

El puesto del Card. Pizzardo en el Santo Oficio se convirtió así en el del Card. Ottaviani, que hizo todo lo posible por continuar su línea: el 30 de junio de 1962 publicó el célebre *Monitum* condenando la teología del jesuita panteísta Teilhard de Chardin (públicamente “rehabilitado” por el “magisterio” de Juan Pablo II) ⁽¹⁷⁾. También este paso fue también un compromiso entre la “vía” del Santo Oficio y la de Juan XXIII. El padre Colosio O.P. testifica: «He aquí un ejemplo de su debilidad. Desde que era nuncio en

París, no ocultó su cordial desaprobación de las doctrinas radicalmente evolucionistas del famoso jesuita Teilhard de Chardin (en cualquier caso, le resultaba difícil hacer otra cosa, ya que la Encíclica *Humani generis* de Pío XII se dirigía principalmente contra él). Pero, elegido Papa e instado por muchos a poner sus obras en el Índice, otra fuente abundante de la confusión doctrinal rampante de hoy, se escudó de ello (limitándose a aprobar el *Monitum* del Santo Oficio del 30 de junio de 1962, serio en su contenido, pero prácticamente ineficaz) con la frase histórica: '¡Nací para bendecir, no para condenar!'. Y Colosio añade: «Pero Jesús, San Pablo, San Juan Evangelista, muchos Papas grandes y santos no se limitaron a bendecir una tarea demasiado fácil y agradable, sino que también ejercieron el oficio obediente y gravoso de condenar y anatematizar». (18).

La actitud diferente entre Juan XXIII y el Santo Oficio se encuentra también en las cuestiones bíblicas. El 20 de junio de 1961, otro “*Monitum*” (advertencia) del Santo Oficio, menos famoso pero no menos importante, advertía contra la difusión de la exégesis racionalista que perjudicaba las verdades de la fe, sin tener en cuenta la encíclica *Humani generis* de Pío XII.

Esta cuestión merece ser seguida con atención. Se habla mucho hoy de la “Palabra de Dios”, restaurada a su justo valor, según se dice, por el Vaticano II. Pero, ¿se sigue creyendo en esta Biblia que, protestantemente, se nos sirve de muchas maneras? El modernismo, condenado por San Pío X había seguido el racionalismo de los exegetas protestantes modernos, eliminando todo valor objetivo de la Divina Revelación. Poco a poco el modernismo volvió a levantar su cabeza: se intentó introducir la crítica racionalista en la Iglesia: el evolucionismo wellhauseniano y el sistema Gunkel para el Antiguo Testamento y la *Formgeschichte* para el Nuevo (19). La puerta por la que intentaron infiltrarse la herejía y el racionalismo fue el prestigioso Instituto Bíblico Pontificio, bajo la responsabilidad del Padre Bea s.j., creado cardenal por Juan XXIII el 14 de diciembre de 1959. El papel de Bea en el pontificado de Juan XXIII es capital y le dedicaré un extenso análisis al mismo. “El Pontificio Instituto Bíblico”, testifica Spadafora, “fue el alma de estas desviaciones” que tuvo la desvergüenza de pretender haber sido aprobadas por la encíclica *Divino afflante Spiritu* de Pío XII (1943). “El muro —decían— que separaba a católicos de protestantes y racionalistas ha sido derribado, toda diferencia eliminada: ya no hay judío, protestante o racionalista, sino sólo el estudio de la Biblia: pura exégesis filológico-histórica” (19). Finalmente se sintieron libres del magisterio de la Iglesia, seguros como estaban de encontrar más luz en su inteligencia y en la de los filósofos existencialistas, para comprender el significado de las Escrituras. Así fue

que, por ejemplo, el padre Lyonnet s.j., del Instituto Bíblico, negó que la epístola de San Pablo a los Romanos fuera prueba del dogma sobre el pecado original, contrariamente a las definiciones del Concilio de Trento. “Bien, el Pontificio Instituto Bíblico hizo suya esta innovación, públicamente, en un artículo que apareció en *La Civiltà Cattolica* el 3 de septiembre de 1960... y luego enviado como extracto a los obispos de Italia. (...) La reacción a tal audacia tomó forma en el estudio sumamente erudito de Mons. Antonino Romeo de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades: La Encíclica *Divino afflante Spiritu* y las *Opiniones novae, in Divinitas* 4 (1960)”⁽²⁰⁾. Evidentemente, no se trató sólo de una controversia académica entre mons. Romeo y el padre Alonso Schokel s.j., autor del artículo en *Civiltà Cattolica*. Monseñor Romeo y su alumno, monseñor Spadafora, antiguos alumnos del Pontificio Instituto Bíblico, miembro de la Sagrada Congregación para los Seminarios y Universidades, un profesor de la Pontificia Universidad Lateranense, fueron sin duda apoyados y sostenidos por los cardenales Ottaviani (S. Offizio) y Pizzardo. (Studi), así como por Mons. Piolanti (Universidad de Letrán) y por el cardenal Ruffini (cf. en un artículo suyo en “*l'Osservatore Romano*” de junio de 1961). Pero los jesuitas del I. Bíblico también cuentan con su apoyo. “El ataque —escribe Hebblethwaite en su estilo habitual— está inspirado en Pizzardo y, aunque abiertamente dirigido contra los dos desafortunados jesuitas del *Biblicum* (los padres Lyonnet y Zerwick - nota del editor), en realidad está dirigido contra el cardenal Bea, que es su rector desde hace mucho tiempo, y detrás de él llega también el Papa Juan, lo suficientemente loco como para escuchar a consejeros tan poco sensatos⁽²¹⁾).

El ex jesuita continúa: “Es sólo por casualidad que el Papa Juan se entera de la campaña contra Bea y el *Biblicum*. Un ejemplar fotocopiado del famoso artículo de Mons. Antonio Romeo, que expone las monstruosidades (sic) del *Biblicum*, es enviado a los 400 obispos italianos, excepto al de Roma. Uno de los obispos italianos, por casualidad, se encontró mencionando este artículo durante una audiencia con el Papa Juan (...) El Papa Juan está realmente irritado. Pide a Dell'Acqua que hable inmediatamente con el rector del *Biblicum*, asegurándole que el Papa tiene plena confianza en la ortodoxia del *Biblicum*. Luego, Giovanni ordena a Pizzardo que escriba una carta de disculpa a Bea en la que niega haber tenido conocimiento del artículo de Romeo antes de su publicación. Pizzardo obedece, pero no cambia en absoluto su conducta”⁽¹⁶⁾. De hecho, el asunto no terminó ahí. En primer lugar, el “Santo Oficio puso fin a la controversia surgida... con la reacción desorganizada del Pontificio Instituto Bíblico, apropiándose del asunto e imponiendo silencio a las partes” (Spadafora). Posteriormente, como se

mencionó, se lanzó el *Monitum*. Spadafora lo comentó en un folleto que distribuyó entre los Padres conciliares. Una vez más Juan XXIII no lo apreció: “¡Spadafora me provoca confusión en el Concilio!” dijo a Mons. Pelaia, quien lo refirió a Spadafora ⁽²²⁾. Sólo en junio de 1962, después de dos años de batalla, el cardenal Pizzardo logró prohibir la enseñanza de los dos jesuitas racionalistas del *Biblicum*, Lyonnet y Zerwich ⁽²³⁾. Fue una victoria pírrica, no sólo porque duró poco, sino también porque fue muy poco en comparación con lo que acababa de hacer el propio Juan XXIII. «El principal instrumento de los 'fundamentalistas' —escribe Hebblethwaite, confundiendo la fe en las Escrituras con el fundamentalismo— es la Comisión Bíblica... (no confundir con el Instituto Bíblico, que tiene un enfoque completamente diferente, como hemos visto).

«El 21 de mayo de 1962, el Papa Juan decidió ocuparse de la situación. Se está preparando un enfrentamiento con la Comisión Bíblica. Envía un memorándum al secretario de Estado Cicognani en el que expresa su impaciencia: ‘Es hora de concluir sobre este punto. O bien la Comisión Bíblica tiene la intención de moverse, trabajar y proveer sugiriendo al Santo Padre los preparativos apropiados para las necesidades del tiempo presente, o bien vale la pena que se disuelva y que la Autoridad Superior provea *in Domino* para una reconstrucción de este organismo’. Es el lenguaje más duro utilizado hasta ahora por el Papa Juan y es la única vez que pronuncia una amenaza. (...) Como las cosas han estado sucediendo durante demasiado tiempo, se ve obligado a intervenir. ‘Las reformas deben comenzar desde arriba’, escribió el Jueves Santo de 1962. ‘La dimensión ecuménica del Concilio, cada vez más clara, exige, por otra parte, que tengamos a nuestra disposición los mejores exégetas católicos ['mejores' desde el punto de vista ecuménico, obviamente - nota del editor]. De lo contrario, los protestantes no podrán tomar en serio el Concilio’. El feroz memorándum continúa: ‘... Sería un gran consuelo para el humilde Siervo de los siervos del Señor que, con la preparación del Concilio Ecuménico, se lograra establecer una Comisión Bíblica de tal renombre y dignidad que se convirtiera en un punto de apelación y respeto para todos nuestros hermanos separados que, abandonando la Iglesia Católica, se refugiaron como para escapar bajo las sombras del Libro Sagrado. leídos e interpretados de diversas maneras’ (...). El Papa Juan cumplirá su amenaza. En junio de 1962 la Comisión Bíblica es dotada de un nuevo secretario y es enriquecida con eminentes consultores como Rudolf Schnackenburg, Bernard Rigaud y Xavier Léon Dufour. Pero la batalla del *Biblicum* —nos advierte Hebblethwaite— aún no está ganada. Durará hasta el primer período de sesiones del Consejo» ⁽²⁴⁾.

La política de “dos pistas y dos registros” continúa: para un Lyonnet expulsado por el cardenal Pizzardo, hay un Léon-Dufour promovido por Juan XXIII. Las relaciones en 1962 están mucho más deterioradas que en 1959. El cardenal Tardini, de hecho, ya está muerto; el Concilio ya ha sido convocado; el cardenal Bea es ya el consejero escuchado por Juan XXIII... se acerca la hora del ajuste de cuentas entre los modernistas y la Curia Romana.

¡Cuán lejos están los tiempos en que el cardenal Ottaviani podía creerse a sí mismo como el “gran elector” del nuevo Papa, y de que podía aplicar libremente las decisiones de los “*Humani generis*” contra los neo-modernistas! Las ilusiones llegaron a su fin cuando Juan XXIII se negó a recibir al cardenal en audiencia (¡él, el “buen Papa”!) o cuando Ottaviani, amargado, en el verano de 1961, llegó a declararse enfermo y no presentarse a su vez en el Vaticano ⁽²⁵⁾. Incluso el Papa Juan llegó a planear la destitución del cardenal Ottaviani del cardenalato, como le había sucedido al cardenal Billot en la época de la Action Française: Mons. De Luca, íntimo de Juan XXIII, se lo anunció al cardenal Parente ⁽²⁶⁾. Es cierto que esto no sucedió bajo Juan XXIII: Pablo VI se encargó de suprimir el Santo Oficio e inutilizar el título cardenalicio del antiguo cardenal, impidiendo el cónclave para cardenales mayores de 80 años. Una medida menos burda, más hipócrita que la planeada por el “Papa bueno”. Pero no por ello menos efectivo. Finalmente “el Palazzaccio” fue derrotado. Una vez que la policía fue disuelta, a los ladrones y asesinos (espirituales) se les dio rienda suelta.

El mito del “Papa bueno”

La narración de la relación entre el nuestro y el Santo Oficio nos ha alejado, y en gran medida, del período que estamos examinando, es decir, el primer año de pontificado del Papa Juan, incluso de los primeros meses. Así que volvamos a lo nuestro...

Hoy en día, hablar mal de Juan XXIII es un poco como hablar mal de Garibaldi: ¿No es el Papa bueno? Los progresistas lo exaltan como su profeta, el pueblo ya lo considera un santo ⁽²⁷⁾, los mismos tradicionalistas generalmente admiten su bondad y sus buenas intenciones, limitándose a creer que fue engañado: ¿no habría dicho, en su lecho de muerte, que se detuviese el Concilio?

La fama del “Papa bueno” contribuyó poderosamente a la aceptación de la revolución religiosa inaugurada por Roncalli. Desde su elección ⁽²⁸⁾ de octubre de 1958) hasta el anuncio del Concilio (25 de enero de 1959) pasa-

ron menos de tres meses; sin embargo, fueron suficientes para que se convirtiera en “el Papa bueno” para todos. “El 9 de octubre de 1958 —escribe Renzo Allegri— murió Pío XII. Todo el mundo católico lloró a esta figura casi mítica, que había guiado firmemente a los católicos durante 19 años. En todo el mundo existía la impresión de que con la muerte de Pío XII la Iglesia había perdido algo insustituible” (28). La impresión duró unos días, a lo sumo unos meses. “Juan XXIII —continúa el autor— trajo la revolución al Vaticano. En los primeros días de su pontificado trastornó normas y reglamentos, costumbres y comportamientos seculares como ningún otro Papa lo había hecho antes que él. Fue un ciclón revolucionario, que golpeó por sorpresa y con tal violencia que dejó literalmente sin aliento y sin habla a los paladines del orden, a los devotos de la tradición (...). Las bromas ingeniosas, las anécdotas divertidas y los episodios conmovedores hicieron que el Papa Juan fuera extremadamente popular. Los periódicos de todo el mundo informaban a diario de lo que hacía o decía. El Papa se convirtió en un personaje de primera plana” (29). “Después de Pacelli —escribe Spinosa de forma similar— no parecía posible ofrecer al mundo un nuevo pontífice. Durante veinte años, la esencia misma del papado había estado representada por él. Pacelli era el rostro de la Iglesia. (...) Pero pronto (...) el mundo no sólo tuvo un nuevo Papa, sino también una nueva Iglesia” (30).

¿La ruptura con el pontificado de Pacelli, tanto en la forma como en el fondo, era deseada por Roncalli? Limitémonos aquí a los aspectos externos. Sin duda los dos personajes eran “totalmente diferentes el uno del otro” (31). Juan XXIII, por tanto, no tuvo dificultad en comportarse espontáneamente de manera diferente, de acuerdo con su carácter... No sin cierta malicia, pues, al subrayar el cambio, en su propio favor... Así, por ejemplo, ya el 4 de noviembre de 1958, día de su coronación. El espléndido rito, que duró cinco horas, sólo tuvo una única innovación: Juan XXIII pronunció una homilía. «...Al desarrollar su pensamiento, Juan da la impresión de oponer su pontificado —que acababa de comenzar— al de su predecesor: hay quienes esperan ‘en el pontífice al estadista, al diplomático, al científico, al organizador de la vida colectiva, es decir, a alguien cuya mente esté abierta a todas las normas del progreso de la vida moderna, sin excepción’ Este es el retrato de Pío XII...» (32) comenta Hebblethwaite (o quizás, su caricatura). En cambio, «‘el nuevo papa, declaró Juan XXIII, a través del curso de los acontecimientos de la vida, es como el hijo de Jacob, que, encontrándose con sus hermanos de infortunio humano, les descubre la ternura de su corazón, y rompiendo a llorar dice: soy yo (...) vuestro hermano José’». José es el segundo nombre de Juan. De este modo, por así decirlo, desciende de su trono para situarse al mismo nivel que sus hermanos. (...) A partir de ahora —

continúa Hebblethwaite—, cuando algunos teóricos quieran esbozar un retrato de su ‘papa ideal’, se remitirán a este texto para dar consistencia a sus sueños (cf. HANS KUNG. *Infallibile*, pp. 281-289, Ateneo, Bolonia 1970, todo el último capítulo: “‘¿Cómo podría ser el Papa?’») (33).

El 6 de noviembre, dos días después, Juan XXIII se reunió con la prensa, que “siempre se mostraba favorable a este pontífice” (34). “Ningún Papa había invitado nunca a los periodistas a una conferencia de prensa”. Juan XXIII les dirigió un discurso que “parecía improvisado” y al final dio la bendición a quienes quisieran recibirla (35). El 23 de noviembre tomó posesión de la basílica de San Juan de Letrán. “Mientras existieron los Estados Pontificios, la toma de posesión expresaba el poder temporal del Papa sobre la ciudad de Roma”. Por supuesto, Juan XXIII no perdió la ocasión de contraponer abusivamente poder temporal y espiritualidad, principado y sacerdocio, pues con ocasión de su coronación contrapuso la seriedad del magisterio a la bondad de la pastoral: “La entrada del nuevo pontífice ha perdido por el camino el esplendor de tiempos lejanos: ¡pero cuánto ha ganado en espiritualidad y en penetración íntima! Ya no se mira al príncipe, que se adorna con los signos del poder externo, sino al sacerdote, al padre, al pastor” (36). (¡Como si los Papas hasta Pío IX no hubieran sido y fueran ante todo sacerdotes, padres y pastores, porque también eran príncipes!).

El entusiasmo se disparó cuando Juan XXIII fue a visitar el hospital infantil Bambin Gesù el día de Navidad, y la cárcel Regina Coeli de Roma al día siguiente. Gestos que forman parte de la tradición de la Contrarreforma, como señala el propio Hebblethwaite, y que los Papas del pasado no dejaron de realizar cuando Roma era la capital de sus Estados. Pero en las circunstancias de la época, y sobre todo a la luz de los acontecimientos posteriores, estos gestos se consideraron innovadores. Juan XXIII constató varias veces en su diario el éxito de la iniciativa: “Mucha calma por mi parte, pero gran admiración en las noticias romanas, italianas y mundiales. (...) La prensa, no sólo italiana, sino de todo el mundo, sigue magnificando mi gesto de visitar ayer las cárceles” (37). No sólo la prensa. Incluso el líder de los modernistas milaneses, Gallarati Scotti, cree ver en Juan XXIII al “Santo” prefigurado en la novela modernista homónima de Fogazzaro, puesta en el índice por San Pío X. Copió un pasaje de la misma y se lo envió a Juan XXIII: “...ruego a Vuestra Santidad que salga del Vaticano...” (36). Desde aquella tímida y piadosa salida, ¡cuántas otras, menos tímidas y menos piadosas, le han seguido...!

Llegados a este punto, el lector podría acusarme de excesiva acritud hacia los nuestros. ¿No es una obra buena y santa visitar a los niños y a los presos? ¿No es bueno tener un carácter abierto, sencillo, franco y amable?

Y, sobre todo, ¿no fue una gran cualidad de Juan XXIII amar a todos, incluso a sus enemigos? Sin duda, el mío es un examen crítico: ya muchos (¿demasiados?) antes que yo han escrito sobre él como hagiógrafos más que como historiadores imparciales (38). Sin embargo, incluso la renombrada bondad (o bonhomía) del nuestro fue quizá exagerada. Sí amaba a los enemigos... de la Iglesia; mucho menos amaba a los suyos, o a los que le disgustaban. El joven Roncalli no simpatizaba mucho con el padre Mattiussi, por ejemplo (39), o con el padre Lombardi. No dejó de hacer algún agravio a la memoria de Pío XII (40). No dejó de bromear gravemente sobre el Card. Ottaviani (41). Y también sabía adoptar tonos duros, muy poco juanistas. Lo hemos visto a propósito de la Comisión Bíblica. Lo mismo hizo con respecto a su sobrino, don Giovanni Battista (42). Si, por una parte, fue él quien inauguró las audiencias “ecuménicas” en el Vaticano, como veremos mejor más adelante, también fue capaz, cuando no le convenía, de rechazar una entrevista que se le había solicitado (43).

Un caso quizás emblemático de este aspecto olvidado de la personalidad de Roncalli es su relación con el Padre Pío de Pietrelcina, el famoso capuchino estigmatizado (44). “*Un santo contra el otro*”: éste es el título de un informe publicado por el Semanario Europeo el 10 de enero de 1992. El autor es Francobaldo Chiocci, periodista bien informado sobre el tema, ya que se ocupó de él en 1967, publicando tres volúmenes de documentos que le proporcionó el industrial paduano y discípulo del padre Pío, Giuseppe Pagnossin (44). Los dos santos “enemigos” son el Padre Pío, precisamente, y Juan XXIII. En sí, no sería la primera vez que en la Iglesia los “santos” se pelean entre sí: aquí sólo nos interesa mostrar que Roncalli no siempre fue todo dulzura...

Primer episodio: estamos en 1923. «El Santo Padre [Juan XXIII – nota del autor] me confía —escribe Mons. Maccari, Arzobispo emérito de Ancona al Card. Ratzinger—, que, cuando estaba de paso por Foggia como director nacional de las Obras Misionales Pontificias, alguien le sugirió que subiera a San Giovanni Rotondo, donde la fama del Capuchino “estigmatizado” se extendía ya, aunque entre contrastes, y estaba fresca la ‘*declaratio*’ del Santo Oficio del 31 de mayo de 1923. Él no consideró oportuno aceptar (...)» (45).

Segundo episodio: «Cuando más tarde se convirtió en Sumo Pontífice —continúa el Mons. Maccari— llegó a sus oídos un largo artículo del periódico *Settimana Incom*, que le sorprendió y le causó una amarga decepción (el semanario informaba, entre otras cosas, de que el Papa Juan había llamado “santo” al Padre Pío y que el capuchino había predicho directamente su elección – nota del editor) » «...He aquí la respuesta de Juan XXIII a estas

invenciones incalificables. El 16 de agosto, desde Castel Gandolfo, escribió de su puño y letra (tengo una fotocopia de la carta en mi poder) a su secretario, monseñor Loris Capovilla: ‘Sería bueno que escribiera en privado en mi nombre a Mons. Andrea Ceserano, arzobispo de Manfredonia, que lo que está escrito en *Incom* sobre las relaciones del padre Pío conmigo es todo inventado. Yo nunca tuve ninguna relación con él, ni le vi, ni le escribí, ni se me pasó por la cabeza enviarle bendiciones; ni nadie me preguntó directa o indirectamente por nosotros ni antes ni después del Cónclave, nunca jamás. Tan pronto como Mons. Dell'Acqua regrese, será bueno ver cuál es la mejor manera de detener estos inventos, que no honran a nadie’. La negación, aunque mesurada, es de una claridad inequívoca y de una firmeza que en cierto sentido sorprende a quienes conocen y admiran al ‘Papa bueno’; en todo caso, desmonta toda maniobra de quienes tratan de implicar la responsabilidad del amabilísimo Pontífice en los juicios sobre la persona y sobre los 'carismas' particulares de los que el Padre Pío se creía dotado»⁽⁴⁷⁾. La carta es declarada "sorprendente" porque contrasta con la fama de bondad de Roncalli.

Tercer episodio: la Visita Apostólica a San Giovanni Rotondo, decidida el 13 de julio de 1960 por el Santo Oficio con el acuerdo de Juan XXIII y confiada al mismo Mons. Maccari, asistido por un sacerdote "alegre", don Giovanni Barberini. El 19 de julio, Mons. Maccari se reunió con Juan XXIII, quien le confió la tarea, y posteriormente recibió a Maccari varias veces y siguió de cerca el asunto. La visita apostólica, decididamente negativa para el Padre Pío, que incluso fue acusado de inmoralidad, terminó con medidas disciplinarias contra él. Sin embargo, el hecho que la hizo famosa (y que en realidad precedió a la visita de hacía poco tiempo) fue la grabación sacrílega de las confesiones del Padre Pío, decidida por Monseñor Terenzi, párroco de la parroquia del Divino Amore de Roma y realizada por algunos de los frailes hermanos del Padre (parece, pero la reserva es obligada por un hecho de gravedad sin precedentes, con la protección de Monseñor Parente, del Santo Oficio). Algunos incluso han culpado a Juan XXIII de este sacrilegio. Mons. Maccari refiere: «Mucho más grave es la invención calumniosa que, años después de la santa muerte del Papa Juan, le atribuye la responsabilidad de los micrófonos espías, incluso colocados en el confesionario del Padre Pío. La noticia ‘injuriosa’ se puede leer en una breve carta escrita por S.E. Mons. Loris Capovilla, fechada el 6 de noviembre de 1986, al P. Antonio Cairoli (postulador de la Causa de Juan XXIII): ‘El 4 de noviembre de 1986, unos amigos alemanes me informaron lo siguiente: un religioso dominico alemán, el P. A. E., relator de la Congregación para las Causas de los Santos, afirmó que Juan XXIII habría mandado colocar micrófonos espía (o tolerado

que se cometiera este crimen) en el confesionario del Padre Pío de Pietrelcina.' Capovilla añade, justamente indignado: 'La asombrosa declaración es insultante y calumniosa. No me aventuro a hacer ningún comentario, tal es el dolor, sólo superado por la compasión, por aquellos que distorsionan y ofenden la inocencia de una manera tan insidiosa'. Por mi parte, puedo añadir que el 'Papa bueno', cuando me preguntó al final de la visita si había escuchado las cintas de los micrófonos espía y le respondí que me había negado a hacerlo, me confió que él tampoco lo había hecho». Y aquí está el comentario de Chiocci: "Para el Papa lo sabía. Es increíble: las grabaciones sacrílegas (...) el Papa no quiso escucharlas, pero llegaron a su antecámara. Esto se deduce precisamente de esta 'negación' de Mons. Maccari, hacia el final de la memoria" (48). La "negación" de Maccari no contradice, como se ve, la supuesta calumnia: Juan XXIII "toleró" el sacrilegio, porque era consciente de ello, no castigó a los culpables y castigó, en cambio, a la víctima.

En este punto, el cuarto episodio, que tuvo lugar durante la Visita, parece casi insignificante. El 10 de agosto de 1960, el Padre Pío celebró los 50 años de haber sido ordenado sacerdote y de celebrar Misa. Otros dos frailes recibieron ese día el tradicional telegrama de saludo del Vaticano; él no recibió ninguno (49). Y tampoco quisieron enviarle la facultad para impartir la bendición papal, que Pío XII le había concedido dos veces entre 1957 y 1958, ni siquiera la pura y simple bendición apostólica. *L'Osservatore Romano* había entonces recibido la instrucción de no hablar en absoluto del 50º aniversario de la Misa del Padre Pío. (50).

Pido disculpas al lector si me he detenido en un tema que parece llevarnos por mal camino. Me parece que he demostrado que el "Papa bueno" no siempre fue tan "bueno"... y que si no había nacido para condenar... a Teilhard de Chardin, ¿esto no le impidió condenar al Padre Pío! Pero eso es todo: el mito de la santidad de Roncalli ya estaba firmemente establecido a finales de 1958. Ahora bien, ¿los santos no son profetas continuamente inspirados por el Espíritu Santo...?

Juan convoca el Concilio... pero el Espíritu Santo no tiene nada que ver con ello.

"*Juan XXIII: el Papa del Concilio*". Es el título del libro de Hebblethwaite, que estoy comentando, así como de mis modestos artículos. De hecho, no es posible separar a Juan XXIII y al Vaticano II, aunque sólo sea por el hecho de que fue él quien convocó el Concilio, el 25 de enero de 1959, poco menos de tres meses después de su elección.

Al respecto podemos plantearnos dos preguntas: ¿cómo le llegó a Juan XXIII la idea de convocar el Concilio? ¿Y con qué propósito lo convocó? Este capítulo responderá a la primera pregunta e inevitablemente pasará a abordar la segunda.

La primera cuestión parece fácil de resolver, ya que el propio Juan XXIII respondió explícitamente: "¿Cómo surgió la idea del Concilio Ecu­ménico? ¿Cómo se desarrolló? De una manera que, cuando se cuenta, parece improbable, fue tan repentino pensar en esa posibilidad e inmediatamente aplicarse a implementarla. De una pregunta planteada en una conversación particular con el Secretario de Estado, surgió la observación sobre el mundo inmerso en graves angustias y agitaciones. Observé, entre otras cosas, cómo la gente proclama que quiere paz y acuerdo, pero lamentablemente terminan exacerbando los desacuerdos y aumentando las amenazas. ¿Qué hará la Iglesia? ¿Debe la mística nave de Cristo permanecer a merced de las olas y ser empujada a la deriva o no es más bien lo que se espera de ella no sólo una nueva advertencia sino también la luz de un gran ejemplo? ¿Qué podría ser esta luz? El interlocutor escuchó con actitud de reverente respeto y expectativa. De repente una gran idea iluminó mi alma, sentí en ese momento y acogí con indecible confianza en el Divino Maestro, y una palabra solemne y exigente subió a mis labios. Mi voz lo expresó por primera vez: ¡un Consejo!" (*Alocución a los peregrinos venecianos*, 8 de mayo de 1962) ⁽⁵¹⁾.

Se expresa aún más categóricamente en su Diario espiritual: "Resumen de las grandes gracias dadas a quienes tienen poca autoestima, pero reciben buenas inspiraciones y las aplica con humildad y confianza (...). Segunda gracia. Hacer que algunas ideas parezcan simples e inmediatas en su ejecución, nada complejas, al contrario, muy simples, pero con alcance y responsabilidad de cara al futuro, y con éxito inmediato. ¡Qué expresiones son éstas: aprovechar las buenas inspiraciones del Señor, simpliciter et confident! **Sin haberlas jamás pensado antes**, salieron a la luz, en una primera conversación con mi Secretario de Estado el 20 de enero de 1959, las palabras del Concilio Ecu­ménico, del Sínodo Diocesano y de la recomposición del Código de Derecho Canónico, y contrariamente a todas mis suposiciones. o imaginaciones sobre este punto. El primero en sorprenderme con esta propuesta mía fui yo mismo, sin que nadie me diera nunca ninguna indicación. Y decir que todo me parecía tan natural en su desarrollo inmediato y continuo" ⁽⁵²⁾.

La versión del protagonista, Juan XXIII, es, por tanto, clara y coherente:

1) La decisión de convocar un Concilio fue una "inspiración celestial" ⁽⁵³⁾.

2) Esta inspiración la tuvo él sólo cinco días antes de anunciar públicamente el Concilio, es decir, el 20 de enero, hablando con el cardenal Tardini.

3) Nunca antes había pensado en el Concilio, tanto que le sorprendió lo que él mismo dijo.

4) Nunca antes nadie le había hablado de eso.

Esta versión es la conocida y oficialmente acreditada por todos, hasta el punto de que Pablo VI «el 29 de septiembre de 1963 dirá, en alabanza de Juan, que el Concilio Ecuménico había sido convocado e iniciado ‘por disposición divina’» (54), y el mismo Juan Pablo II añadirá: "...ha vinculado su nombre al acontecimiento más grande y transformador de nuestro siglo: la convocatoria del Concilio Ecuménico Vaticano II, que intuyó, como confesó, como por una misteriosa e irresistible inspiración del Espíritu Santo..." (25/XI/1981) ⁽⁵⁵⁾. Romano Amerio, un escritor serio, escribe: "Para el Concilio Vaticano II no hubo consultas previas sobre la necesidad y oportunidad de convocarlo, ya que la decisión vino de Juan XXIII como un ejercicio de carisma ordinario o tal vez como un toque de carisma extraordinario" y añade en nota: "El propio Papa afirmó que la idea de convocar el Concilio era una inspiración divina, y Juan Pablo II lo confirmó en el discurso del 26 de noviembre de 1981 en conmemoración del centenario del nacimiento de Roncalli" ⁽⁵⁶⁾.

Versión oficial, por tanto, y acreditada. Con un solo defecto: ser totalmente FALSA.

La falsedad de las afirmaciones de Roncalli-Montin-Wojtyliana a este respecto está establecida, documentada y aceptada por todos los historiadores, los cuales hacen todo lo posible para evitar llamar mentiroso a Roncalli. Avergonzado, Hebblethwaite escribe: «Claramente el Papa Juan no quiso decir que nunca pronunció la palabra “Concilio” antes de este 20 de enero de 1959: sería simplemente falsa» ⁽⁵⁷⁾. El fiel secretario de Juan XXIII, Mons. Capovilla, se da cuenta de la dificultad y trata de justificarla ⁽⁵⁸⁾ pero Hebblethwaite, aunque ayudado por Capovilla en la preparación de su libro, no parece del todo convencido: «Capovilla —escribe— se abandona al juego de la casuística cuando explica que en el fragmento de la frase ‘sin haberlo pensado antes’ la palabra ‘antes’ significa antes de haber llegado a ser Papa. Brillante, pero fuera de lugar...» La solución de Hebblethwaite no es mucho mejor: «Su memoria —escribe— le juega una mala pasada en ese caso (...). Uno solo puede creer que la memoria de Juan ha cedido y que la

reorganización inconsciente de sus recuerdos está destinada a enfatizar, una vez más, que la idea del Concilio es una 'inspiración' en su más alta definición». Olvidadizo, pues, pero no ingenuo. Aunque, en este caso, inconscientemente (para Hebblethwaite) todavía tiene "la habilidad de un viejo zorro". Incluso en el olvido. "Es viejo, a veces su memoria perdía se confundía (...). Pero esta explicación por sí sola no es suficiente. Por supuesto, su memoria a veces podía jugarle malas pasadas, pero el proceso totalmente inconsciente de releer sus recuerdos arroja luz sobre **lo que quería que la gente creyera sobre el Concilio, en lugar de lo que sucedió exactamente** el 20 de enero de 1959" (60). Por supuesto, en 1962 Juan XXIII era viejo. Pero don Roncalli no era viejo cuando, en 1914, viéndose acorralado por el Card. De Lai, afirmó falsamente, pero bajo juramento, que no era seguidor de Duchesne. Para ese episodio, Hebblethwaite, incapaz de recurrir a la mudez senil para justificar las mentiras de un joven de 32 años, utilizó la fórmula "borrar los recuerdos de la memoria" (61). Digamos que, dado que el zorro pierde su pelaje, pero no el vicio, incluso en 1962, recordando los acontecimientos de tres años antes, ¡Roncalli "borró" ciertos recuerdos de su memoria...! Tal vez no me atrevería a formular un juicio tan drástico, si no pudiera valerme de la autoridad de un historiador competente y además no sospechoso (ya que es notoriamente progresista), el padre jesuita Giacomo Martina. Así es como describe, a su vez, los hechos: "Según el *Diario del Alma* y un discurso del 8 de mayo de 1962, Juan XXIII concibió el propósito (de convocar un Concilio) después de una inspiración repentina, nacida en él durante una conversación con el Secretario de Estado, el Cardenal Tardini, el 20 de enero de 1959. La afirmación autobiográfica —**que abre problemas singulares sobre la veracidad del *Diario del Alma* y el carácter del Papa**— es contradecida por muchos testimonios, muchos de los cuales se remontan al mismo Papa" (62).

Entonces, ¿cómo resultaron realmente las cosas? Diga lo que diga el arzobispo Capovilla, sería interesante saber si Roncalli había pensado en un Concilio no sólo antes del 20 de enero de 1959 (lo cual es seguro) sino también antes de ser elegido. Una pista, y más que una pista, se encuentra en el testimonio de su viejo amigo (desde 1924) don Lambert Beauduin, pionero del ecumenismo y de la reforma litúrgica. A la muerte de Pío XII, dijo a sus íntimos: "Si elegían a Roncalli, todo se salvaría: podría convocar un Concilio y consagrar el ecumenismo..." (63). Es difícil imaginar que el viejo conspirador hablara al azar, y que no revelara, más bien, una parte de los proyectos elaborados con Roncalli durante muchos años para la reforma de la Iglesia. En este caso, la verdadera personalidad de Roncalli no era tanto la

descrita por los moderados ("una personalidad sustancialmente conservadora, arrastrada por los demás y sobre todo por las necesidades reales de la época mucho más allá de sus intenciones") sino más bien la difundida por sus admiradores progresistas: "El hombre que en silencio y obediencia había pensado y preparado durante mucho tiempo la reforma de la Iglesia, esperando el momento querido por la Providencia (!) para hacerlo realidad (Falconi, Zizola, Balducci...)" (64).

Una vez comprobado que no fue el Espíritu Santo quien inspiró el Concilio, y asumido que fueron más bien los modernistas mucho antes de la elección, vemos el papel de los conservadores durante la elección misma. Sí, ¡porque un Concilio no tenía necesariamente que tomar el giro que tomó el Vaticano II!

El cardenal Ottaviani, que era, como hemos visto, uno de los "grandes electores" de Roncalli, declaró al menos dos veces, en 1968 y 1975, que se hablaba de un Concilio durante el cónclave, incluso antes de la elección del Patriarca de Venecia, cuando estaba claro que sería el elegido. Los cardenales Ottaviani y Ruffini, entonces, acompañados por otros que permanecen en el anonimato, fueron la noche del 27 de octubre de 1958 a Mons. Roncalli para proponerle un Concilio ecuménico (65). Según el Card. Ottaviani, el Card. Roncalli ya había hecho suya la idea del Concilio, es decir, incluso antes de ser elegido.

El 30 de octubre, dos días después de su elección, Juan XXIII habló a su secretario Capovilla de la "necesidad de convocar un Concilio". El 2 de noviembre, incluso antes de su coronación, le dijo que "necesitamos un Concilio", y esto después de haber recibido al Card. Ruffini y haber hablado del asunto.

Volvió a discutirlo en noviembre con el nuevo Patriarca de Venecia, Giovanni Urbani, y con el obispo capuchino de Padua, Girolamo Bortignon. "El 28 de noviembre, la decisión está casi tomada". "La decisión del Papa Juan de celebrar un Concilio cristaliza en diciembre de 1958". Hacia Navidad habló de ello con monseñor Cavagna, su confesor, y algunas otras personas". «En enero, Roncalli tomó su decisión. El momento exacto es quizás la noche del 8 de enero de 1959. Sea como fuere, a la mañana siguiente se encontró con Don Giovanni Rossi, de *Pro Civitate Christiana*, que había sido secretario de su "héroe" el Card. Ferrari, cuarenta años antes. Le dice a Giovanni: "Te debo contarte algo grande, que debes prometerme guardar en secreto. Esta noche se me ha ocurrido una gran idea, la de hacer el Concilio". Rossi se aguantó... a medias, e hizo una alusión de ello en su boletín, *La Rocca*, del 15 de enero (66).

Por lo tanto, está históricamente establecido que no sólo la idea del Concilio no vino repentinamente a la mente de Roncalli durante la conversación con el Card. Tardini el 20 de enero, sino que incluso Tardini fue uno de los últimos en saberlo, ¡sólo cinco días antes del histórico anuncio! “Uno de los hechos más sorprendentes y significativos es éste: el Papa Juan no dice nada a Tardini, su Secretario de Estado” (67). Cuando, el 20 de enero, Juan XXIII reveló a Tardini que había decidido anunciar el Concilio el domingo siguiente, después de haber tenido esta idea sólo el día anterior (¡pero cuántas mentiras cuenta!), éste comprendió “que se encontraba ante un hecho consumado, una decisión ya tomada”. El Card. Tardini aprobó, pues, la idea como “bella y nueva”, aunque “el pretendido entusiasmo de Tardini no estaba exento de reservas” (68), como aclara Andreotti, que fue puesto al corriente del proyecto por Juan XXIII el 22 de enero. El padre Martina comenta: “Es una prueba singular de la naturaleza de las relaciones del Papa con su Secretario de Estado, cordiales pero no profundas, que éste no conociera el plan hasta el 20 de enero, cuando el Pontífice ya había decidido irrevocablemente la iniciativa y había redactado el primer borrador del discurso a los cardenales el 25 de enero siguiente” (70).

De forma más cruda, el periodista anglosajón Wilton Wynn (que tuvo el “honor” de cenar con Juan Pablo II) expresa el mismo concepto que el historiador jesuita (Martina) y el otro periodista ex jesuita (Hebblethwaite): «El Papa Juan conseguía regularmente esquivar a su viejo enemigo Tardini. Como Secretario de Estado, Tardini era (sic) supuestamente el colaborador más cercano del papa. Pero Juan XXIII no trabajaba a través de los canales 'oficiales', prefiriendo en su lugar recurrir a personas más acordes con su carácter y en las que depositaba la máxima confianza» (71). También aquí Juan XXIII practicó la táctica de las dos vías.

Una vez decidido el Concilio, de la manera que acabamos de describir y no como Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II nos habían hecho creer, quedaba por ver qué sería el Concilio: ¿un conciliábulo modernista o la manifestación del Magisterio infalible de la Iglesia? Puesto que ya conocemos el resultado, tendremos que comprender, en los próximos episodios, quiénes y qué condujo a tanta ruina.

Notas

&

1) In STJEPAN SCHMIDT S.I. *Agostino Bea, il Cardinale dell'unità*, Città Nuova. 1987, pág. 354.

2) *Annuario Pontificio*. Ciudad del Vaticano. Tip. Poliglotta Vaticana. Cito la edición de 1959, pág. 957 y 962.

3) En realidad, el paso de una “inquisición” normal bajo el control de los obispos (que siempre existió) a la verdadera inquisición “medieval” fue bastante largo: desde el Concilio de Tours en 1163 bajo Alejandro III hasta la Constitución *Excommunicamus* de Gregorio IX de 1231, por lo que, en sentido estricto, la institución de este tribunal debe atribuirse a este Pontífice. El impulso decisivo hacia la creación de este tribunal para reprimir la herejía cátara se lo debemos al IV Concilio de Letrán (canon 3), celebrado bajo Inocencio III.

4) Bula *Exigit sincere* del Papa Sixto IV.

5) Para más información sobre la historia de la Inquisición, véanse las siguientes obras:

- N. EYMERICH. F. PENA. *Le manuel des inquisiteurs*, Editado por Louis Sala-Molins. Mouton éd. París - Le Haye 1973.

- W.T. WALSCH, *Characters of the Inquisition*, Tan Books. Rockford, Illinois, U.S.A. 1987.

- Sobre la Inquisición española:

B. LLORCA S.J. *Bulario Pontificio de la Inquisición Española*, Pontificia Università Gregoriana, Roma 1949.

AA.VV, *Historia de la Inquisición en España y América*, B.A.C. - Centro de estudios inquisitoriales, Madrid. 1984.

J. MOREL, *Somme contre le catholicisme libéral*, 1876 T. 2. Solicitar a Sac. Maury, Capty Saint Didier, F 84210 Pernes les Fontaines.

R. CANOSA, *Storia dell’Inquisizione spagnola in Italia*, Sapere 2000, 1992.

- Sobre la Inquisición romana:

R. CANOSA, *Storia dell’Inquisizione in Italia*, Sapere 2000, V vols. 1986-1990. Con una excelente bibliografía. Naturalmente, el autor es crítico con la Inquisición.

6) Sobre los cardenales Ottaviani y Pizzardo cfr. lo ya dicho en “*Sodalitium*” nº 31 págs. 24-25 y nº 33 pág. 23 y pág. 26 nota 16.

7) LÉON JOSEPH SUENENS, *Ricordi e speranze*, Pauline 1993.

8) FRANCESCO SPADAFORA, *La Tradizione contro il Consiglio. L’apertura a sinistra del Vaticano II*, Edi.Pol. Volpe Editore, Roma 1989. pág. 28, quien cita “*Fideliter*”, nº 59, sept.-oct. 1987, pág. 40 y sig.

9) A. MELLONI, en: AA.VV. *Papa Giovanni*, editado por G. Alberigo, Laterza ed. Bari 1987, pág. 31.

9a) De *“Il Giornale”*, 3 de junio de 1993, pág. 6.

10) En este sentido hay que leer la carta que envió el 31 de enero de 1959 al padre Angelo Pedrinelli, párroco de Carvico, antes, como él, profesor en el seminario de Bérgamo. El obispo Radini le destituyó por modernista. (Cf. HEBBLETHWAITE, op. cit. p. 464). De la rehabilitación oficial de Mons. Lanzoni, hagiógrafo modernista, ya he hablado (cf. *“Sodalitium”*, n. 24 pág. 12. Lo elogió con una quirografía del 10-V-1963), así como de la de Marc Sangnier (n. 22, p. 15). También eran conocidas sus relaciones con el líder del modernismo lombardo, Gallarati Scotti, con quien mantenía correspondencia. La introducción del proceso de beatificación del Card. Ferrari, deseado por él el 10 de febrero de 1963, fue una especie de “excanonización” de San Pío X, que desaprobaba la conducta pastoral de Ferrari hacia el modernismo (cfr. *Obs. Rom.* 23-05-1984, *SI SI NO NO*, n. 10, ago. 1984).

11) Un buen ejemplo de literatura llena de rencor hacia los “perseguidores” se encuentra en las cartas de Mons. Duchesne, ya citadas por mí (n. 23, p. 8). Impresionante es lo que le sucedió al santo obispo de Arezzo, Mons. Volpi, que incluso fue destituido en 1919 (cf. ANGELO TAFI, *Il Servo di Dio Mons. Giovanni Volpi Arezzo* 1981. Por el autor).

12) No olvidemos que Riccardi, además de profesor en la Universidad de Bari, es también presidente de la tristemente famosa Comunidad de Sant'Egidio, uno de los frutos más envenenados del postconcilio. Esta comunidad es, entre otras cosas, la promotora de los encuentros ecuménicos que continúan cada año el de Asís. Por tanto, cuando Riccardi habla de una “nueva vitalización” de la orden camaldulense, debe referirse más bien a la destrucción de una comunidad eremítica que, poco tiempo antes, figuraba entre las más ejemplares.

13) A. RICCARDI, en *op. cit.* editado por G. ALBERICO, pág. 150.

14) P. HEBBLETHWAITE, *Giovanni XXIII. Il Papa del Concilio*, ed. Rusconi, Milán 1989, pág. 458.

15) Cf. HEBBLETHWAITE, l. c. . Don Lorenzo Milani, judío (mal) convertido, relegado a Barbiana, una pequeña parroquia de montaña, se convirtió, poco después de su prematura muerte, en uno de los símbolos de la revuelta estudiantil de 1968. Pacifista, violentamente clasista, rebelde contra la autoridad (la obediencia ya no es una virtud, decía). Sobre él ver: DOMENICO MAGRINI, *Don Lorenzo Milani*, ed. Civilización Brescia 1983.

El padre Balducci fue un digno compañero y amigo de Milani. Poco antes de su muerte concedió una entrevista de la que se deduce que Balducci apostató totalmente de la fe cristiana.

Si el Santo Oficio golpeó a un padre Balducci, Juan XXIII, por su parte, se apresuró a recibir en audiencia el 5 de febrero de 1959 y a alabar como "trompeta del Espíritu Santo en el valle del Po" a don Primo Mazzolari, sacerdote del mismo como otros dos (cf. Hebblethwaite, *op. cit.*, página 458).

16) Cfr. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 478-479.

17) "Algunas obras fueron publicadas, impresas incluso después de la muerte del autor, el padre Pietro Teilhard de Chardin, que recibieron un considerable favor. Dejando de lado el juicio sobre los temas propios de las ciencias positivas, en materia filosófica y teológica es bastante claro que las obras antes mencionadas contienen tales ambigüedades, y hasta errores graves, que ofenden la doctrina católica. Por esta razón los Eminentes y Reverendos Padres de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio exhortan a todos los Ordinarios, así como a los Superiores de los Institutos religiosos y a los Decanos de las Universidades, a proteger eficazmente las almas, particularmente las de los jóvenes, de los peligros de las obras del padre Teilhard de Chardin y sus seguidores". (Monitor de 30/VI/1962). Tan pronto como fue elegido, en junio de 1963, Pablo VI invitó al más conocido de estos seguidores, el padre de Lubac, al VI Congreso tomista internacional, para presentar "una exposición favorable sobre el pensamiento del padre Teilhard de Chardin" (carta del P. Boyer al P. de Lubac). Finalmente, Juan Pablo II elogió públicamente a Teilhard con motivo de su centenario ("carta del Cardenal Casaroli, en nombre del Santo Padre, al Rector del Instituto Católico de París" en *L'Osservatore Romano*, 10/VI/1981) y consagró, por así decirlo, la doctrina entregando la púrpura cardenalicia a su discípulo, el De Lubac de siempre. Sobre Teilhard, véase el artículo de DON CURZIO NITOGIA, en "*Sodalitium*", n. 25, página. 13-21.

18) P. INNOCENZO COLOSIO O.P., *Discussioni sulla "bontà" del Papa Giovanni XXIII*, en *Rassegna di Ascetica e Mistica*, agosto-septiembre 1975, n. 3 pág. 241.

19) ESPADAFORA, *op. cit.*, págs. 7-9. El texto del Monitum se muestra en la página 10.

20) Existe abundante literatura sobre el caso Romeo. HEBBLETHWAITE habla de ello, a su manera, en las págs. 578-579. Mucho más interesante es lo relatado por el discípulo y amigo de Romeo, también conocido exégeta, Mons. Francisco Spadafora: cf. ESPADAFORA, *op. cit.*, págs. 7-9;

CAVATERRA, *op. cit.*, págs. 192-193. *SÍ SÍ NO NO* (n. 18, 31/10/1986). El biógrafo del cardenal Bea, el padre Schmidt, lo menciona en las páginas 339-340, hablando de "una dolorosa polémica por parte de una universidad romana contra el Pontificio Instituto Bíblico, acusado de falta de ortodoxia".

21) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, página 579.

22) ESPADAFORA, *op. cit.*, págs. 9 y 29.

23) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, página 588. El lector no debe preocuparse por su destino temporal: ahora estábamos en el clima conciliar, por lo que Lyonnet y Zerwich fueron posteriormente "rehabilitados" et ultra... Tan pronto como fueron elegidos, Montini los llamó de regreso a sus lugares. Wojtyla luego elogió mucho al Padre Lyonnet con motivo de su muerte, ocurrida en 1986. (Cf. *SÍ SÍ NO NO*, año XII n. 18 31/10/1986. ¿El panegírico fúnebre del Padre Lyonnet s.j. sanciona la traición de la exégesis católica?).

24) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 579-581. Hay que decir, sin embargo, que la comisión bíblica también fue sabotada en cierta medida por el cardenal Tisserand, que la dirigía desde 1937.

25) CAVATERRA, *op. cit.*, págs. 60 y 68. Nótese que el autor constantemente resta importancia a las diferencias entre Ottaviani, Juan XXIII y Pablo VI.

26) A. RICCARDI, *op. cit.*, pág. 151 y nota 63 de la pág. 171.

27) No todos, para ser honesto... Conozco a un taxista de Puglia que juega con el hecho de que en su dialecto la letra "a" se pronuncia "e", en lugar de llamarlo "papa de la paz". lo llamó el "papa della pece". ¡Es la excepción la que confirma la regla!

28) RENZO ALLEGRI. *Il Papa che ha cambiato il mondo*, Reverdito editore, Gardolo di Trento 1988, pag. 161. La figura de Pío XII fue juzgada de ese modo también por los llamados "laicos" e incluso por los judíos, que hoy le son tan hostiles.

29) ALLEGRI. *op. cit.*, página 171 y 185.

30) ANTONIO SPINOSA, Pío X II. *Pio XII. L'ultimo Papa*, Mondadori 1992, pág. 375.

31) SPINOSA *op. cit.*, pág. 383.

32) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 417.

33) HEBBLETHWAITE. *op. cit.*, págs. 417 y 419.

34) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pag. 420. 35) P. PAOLO TANZELLA, *Papa Giovanni*, Collegio Missionario S. Cuore Andria 1973, pág. 262.

36) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 422.

37) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pagg. 428-430.

38) No es que los hagiógrafos no sean historiadores imparciales, si están en lo cierto y si la persona cuya vida relatan es realmente un santo.

39) Cfr. “*Sodalitium*”, n. 23, págs. 4-6.

40) Cf. “*Sodalitium*”, n. 32, pág. 33, nota 13.

41) “Alfredo es un amigo muy querido. Lástima que esté medio ciego y tenga unas mandíbulas que tiemblan como una laguna veneciana bajo el siroco”. Frase recogida por GIULIO ANDREOTTI. *A ogni morte di Papa. I Papi che ho conosciuto*, Rizzoli, Milán 1980, p. 70.

42) Cfr. su carta del 2 de agosto de 1954, verdaderamente impaciente, a su sobrino, que se proponía preparar las celebraciones de su jubileo sacerdotal.

43) Así, por ejemplo, al rechazar una audiencia con el presidente de Confindustria, el 9 de julio de 1962. Evidentemente, con la intención de favorecer al centro-izquierda. Cf. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 517-518.

44) El Padre Pío de Pietrelcina (1887-1968), sacerdote capuchino, fue estigmatizado durante 50 años, desde 1918 hasta su muerte, cuando sus heridas desaparecieron misteriosamente. Sufrió dos “persecuciones”: la primera, de 1922 a 1933, a instancias del obispo de Manfredonia, y la segunda, de 1960 a 1965, en el clima de la quiebra del banquero Giuffré, que implicó a la Orden capuchina. Las “persecuciones” se concretaron en severas limitaciones a su ministerio sacerdotal. Sería falso y simplista presentar estos episodios como una lucha entre conservadores y progresistas en la Iglesia: entre los partidarios del padre Pío encontramos al card. Siri y muchos futuros “tradicionalistas”, pero también Montini y Lercaro. Y entre los adversarios, Juan XXIII, pero también, constantemente, el Santo Oficio, que, hay que recordarlo, tenía institucionalmente la tarea de escrutar y probar todos los fenómenos místicos (o presuntos tales) que se producían en la Iglesia. En cuanto al propio Padre Pío, fue ciertamente fiel a la Tradición de la Iglesia y a la liturgia tradicional. El padre Pellegrino, uno de sus hermanos frailes, me contó cómo el padre Pío aconsejaba a todos los padres conciliares que venían a visitarle que interrumpieran el Concilio Vaticano II, y cómo sufría por la más mínima reforma litúrgica. Tampoco dijo nunca misa en italiano. Hay que decir, sin embargo, que obedecía a Pablo VI, a quien creía la Autoridad. Sobre las “persecuciones” contra el Padre Pío pueden leerse los documentados volúmenes de FRANCOBALDO CHIOCCI Y LUCIANO CIRRI: *Padre Pio. Storia di una vittima* 3 vol. I libri del No. Roma, 1967; y los

de GIUSEPPE PAGNOSSIN, *Il Calvario di Padre Pio*, 2 vols. del autor, Padua 1978.

45) Mons. Carlo Maccari, Arzobispo emérito de Ancona-Osimo. Memorial al Card. Ratzinger del 27 de noviembre de 1990. Extractos publicados en “*L'Europeo*”, n. 12, 3 o 10 de enero de 1992. pág. 64. En la pág. 68 del mismo semanario, el padre Gerardo di Flumeri afirma a este respecto que Mons. Roncalli no fue a ver al padre Pío porque le disuadió de hacerlo Mons. Cesarano. Refutando la afirmación del Mons. Maccari, dice: “Ciertas interpretaciones hieren incluso la memoria del Papa Juan, lo hacen pasar por mentiroso”.

46) ¡Cuántas cosas hacen decir al Padre Pío! (quien, estando muerto, no puede negarlo). Se dice que predijo la elección de Karol Wojtyla, la “rebelión” de Mons. Lefebvre, las misiones carismáticas de innumerables autoproclamados hijos espirituales... etc. etc.

47) “*L'Europeo*”, *ibid*, pág. 64. La carta de Juan XXIII fue publicada en: *Giovanni XXIII. Lettere 1958-1963*, Edizioni Storia e Letteratura, Roma 1978. Cfr. C. MACCARI, *Il Papa, il frate e io* en: *Il Sabato*, 23 de febrero de 1991, pág. 67.

48) “*L'Europeo*”, *ibidem*, pág. 66.

49) CHIOCCI-CIRRI, *op. cit.*, vol. 2, pág. 582-583.

50) PAGNOSSIN, *op. cit.*, vol. 2, pág. 94.

51) *Discorsi, messaggi, colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII. 1958-1963*, 5 vols., Tipografia Poliglotta Vaticana, 1960-1967, vol. 4, pág. 258. cf. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 445-446.

52) GIOVANNI XXIII. *Il Giornale dell'anima*, Edizioni di Storia e Letteratura. 5ª edición. Roma 1967. págs. 359-360. Texto parcialmente citado de Hebblethwaite, págs. 446-447. Con estas palabras se cierra el diario de Juan XXIII.

53) Cfr. *Il Giornale dell'anima*, *op. cit.*, pág. 359, nota 1, en la que Loris Capovilla repite las propias palabras del Papa Juan.

54) *Insegnamenti di Paolo VI*, Tipografia Poliglotta Vaticana, vol. I, 1963, pág. 168. I, 1963, pág. 168. Citado por CAPOVILLA, en: AA.VV., *Come si giunti al Concilio Vaticano II*, Massimo, Milán, 1988. pág. 38.

55) *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Tip. Pol. Vaticana, vol. IV, 2/1981, págs. 752-757, citado por LORIS CAPOVILLA, en: AA.VV. *Come si è giunti al Concilio Vaticano II*, Massimo, Milano, 1988. pg. 24.

56) ROMANO AMERIO; *Iota unum. Studio sulle variazioni della Chiesa Cattolica nel secolo XX*, Ricciardi ed., Milán-Nápoles. 1985, pág. 43. Amerio pretende subrayar la anormal decisión repentina, aceptando la versión de nada menos que dos “papas”... pero el “tal vez” que inserta demuestra que no cree demasiado en ello...

57) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 446.

58) Véase, por ejemplo, la nota ya citada en la página. 359 del *Giornale dell'anima*, y la intervención de Capovilla en “*Come si è giunti al Concilio Vaticano II*”, *op. cit.*, pág. 38.

59) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 447.

60) Todas estas citas están tomadas de HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, páginas. 444-447.

61) Cfr. “*Sodalitium*”, n. 23, pág. 9.

62) G. MARTINA, *La Chiesa in Italia negli ultimi trent'anni*, Studium, Roma 1977, págs. 85-86. Según Martina, por lo tanto, ni siquiera podemos confiar en el diario privado de Juan XXIII (evidentemente sabía que sería publicado...).

63) L. BOUYER, *Dom Lambert Beauduin, un homme d'Eglise*, Castermann. 1964, pág. 180-181, citado por D. BONNETERRE, *Le Mouvement liturgique*, Fideliter, 1980, pág. 112.

64) MARTINA, *op. cit.*, pág. 71. Martina es bastante crítico con el “Juan del mito” construido por los historiógrafos ultraprogresistas (véanse las páginas 71-75). Es innegable que pasan por alto todos los hechos que complejizan su tesis o incluso parecen negarla. Sin embargo, el “conservadurismo” de Juan XXIII fue más bien superficial.

65) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 400 y 437. Las declaraciones del cardenal Ottaviani fueron recogidas por el semanario *Epoca* (12/8/1968) y por el diplomático estadounidense Bernard R. Bonnot que las cita en su libro (con el significativo título) *Pope John XXIII, an Astute Pastoral Leader*, Alba House, Nueva York, 1979, pág. 13. Una vez más, la elección del cardenal Ottaviani no resultó feliz.

66) Para todas estas citas, véase HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, 432, 434, 435, 436, 440, 441. Véase también CAPOVILLA en “*Come si è giunti al Concilio Vaticano II*” *op. cit.*, págs. 35-37.

67) HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, 435.

68) Cf. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, páginas. 443-448.

69) ANDREOTTI, *op. cit.*, páginas. 77-78. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*,
pág. 448.

70) MARTINA, *op. cit.*, pág. 86.

71) WILTON WYNN, *Custodi del Regno*, Frassinelli 1989, pag. 81.